CENTENARIOS

LUIS LÓPEZ RUIZ
CÁTEDRA DE FLAMENCOLOGÍA

Hace ahora un siglo que nacieron dos de los más grandes cantaores de toda la historia del flamenco: Caracol y Mairena.

Manuel Ortega Juárez, *Manolo Caracol*, nació en la calle Lumbreras de Sevilla, junto a la Alameda, el día 7 de julio de 1909.

Antonio Cruz García, *Antonio Mairena*, nació en Mairena del Alcor, provincia de Sevilla, el 7 de septiembre del mismo año naturalmente

Caracol murió en las afueras de Madrid, como consecuencia de un accidente de tráfico, el 24 de febrero de 1973; Mairena murió en su casa de Sevilla, el 5 de septiembre de 1983.

Toda la actualidad flamenca de este año 2009 se centrará en conmemorar el centenario del nacimiento de ambos. Y bien merecido que lo tienen. Pero no sería justo sin embargo que, eclipsados por la monumentalidad de estas dos figuras, otros artistas cuyo centenario se cumple también en este mismo año de 2009, quedaran en el olvido, sepultados en el silencio y en el anonimato. También de ellos deberíamos acordarnos. Al menos yo, lo voy a hacer.

Son cuatro y, por supuesto, nacieron todos en 1909. Los voy a ir recordando a medida que fueron desapareciendo de este mundo. La primera, Regla Márquez Ortega, **Regla Ortega**, bailaora. Nació en Chiclana de la Frontera, en Cádiz y murió en Madrid, en 1986. El rango le viene de familia, de la familia Ortega, la más flamenca y taurina probablemente de cuantas hayan existido. Regla Ortega era tía de Manolo Caracol y estuvo casada con el guitarrista Pepe Romera. Se crió en Sevilla, donde empezó a actuar desde niña. El baile le bullía por la sangre. Bailó siempre dentro de unos cánones que podríamos llamar los clásicos pero, al mismo tiempo, su temperamento intuitivo le llevaba por cauces nuevos a impulsos de inspiración, de improvisación, de genio personalísimo. Gitana de casta, puso al servicio del baile un nervio que enardecía. Sin establecer comparaciones, encajaría dentro de ese mismo baile frenético de Carmen Amaya, de Lola Flores, de Manuela Carrasco... Durante muchos años, compartió escenarios con los artistas más grandes de su tiempo: Miguel de Molina, Paco Laberinto, Ángel Pericet, Carmen Amaya... Figura destacada de los mejores tablaos de Madrid como El Corral de la Morería, Las Brujas o Villa Rosa, fue elegida en 1964, tras una encuesta realizada por el diario Pueblo, la bailaora más pura del momento. Y esta pureza le venía de su temperamento,

de su intuición y de esos impulsos de vehemencia, de genio, de frenesí y de casta indomable que guiaron, llenos de pasión, los pasos de su baile.

Decía Jean Cocteau que el baile flamenco es una llama donde el bailaor se consume. Pues eso: así era el baile de Regla Ortega.

Antonio Pérez Guerrero, *El Sevillano*, también nació en 1909, en Sevilla. Nada menos que en la Macarena. Dicen que aprendió a cantar en Alcalá de Guadaíra escuchando a Joaquín el de la Paula. ¡No era mala escuela para aprender! Sin embargo, de niño, había escuchado ya por su barrio a diversos cantaores que dejaron huella en él: el Carbonerillo, Pepe Pinto o el Colorao. Luego, profesionalmente, se inició en el cante en La Alameda.

Iba para futbolista y destacó en el Betis aunque, finalmente, dejó el balón por el cante. Jugando al fútbol no hubiera durado tanto ya que estuvo 50 años cantando y alternando con todas las figuras del momento: Manuel Torre, Vallejo, Marchena, Pepe Pinto, Pastora Pavón, Calzá, Canalejas, Pericón, Valderrama, Caracol, la Niña de la Puebla, Cepero, Porrina... Se le ha encasillado como fandanguero cuando, en realidad, conocía muy bien todos los estilos. Así lo afirma José Blas Vega: "Los buenos *aficionaos* conocen perfectamenmte la forma flamenca, brillante y dificultosa con que canta por fandangos. Lo que ignoran muchos es que Antonio conoce y domina, a la perfección, el resto de los cantes."

De cualquier manera, ha pasado a la historia esencialmente como cantaor de fandangos. "Ruiseñor del fandango", le llamaban. Luis Caballero ha dicho de él: "Antonio el Sevillano parece que clavaba sus fandangos en el cielo del cante. Sus tercios eran flechas disparadas desde el arco de su enérgica voz entregada a la conservación sentimental de sus fandangos." Por su parte, Arrebola nos habla de "el metal de su voz profunda y desgarrada. Fue uno de los mejores intérpretes de los llamados cantes *acompasaos*; era el compás y la gracia" mientras que Antonio Mairena – tan poco dado al elogio – lo consideraba como "una de las primeraas figuras entre los fandangueros egregios."

Pero quizás, más que opiniones ajenas, cabría tener en cuenta la explicación que el propio Sevillano daba de su fandango: "Tal vez lo difícil esté al final. Es una cosa de velocidad, hay que recortar y decirlo todo en un momento. Mi cante es *recortao*, no se puede alargar."

Después de recorrer España entera con infinidad de espectáculos, como ya se ha indicado, en los años 70 estuvo actuando en los mejores *tablaos* de Madrid: El Corral de la Morería, Las Cuevas de Nemesio o Los Canasteros, por ejemplo.

En los últimos años de su vida, padeció una penosa enfermedad. Murió en Sevilla a la edad de 79 años.

En tercer lugar, por fecha de fallecimiento posterior a los anteriores, tenemos que citar a **María Zambrano Ruiz, *María la Talegona***. Cantaora nacida en Córdoba en el año que nos sirve de referencia para todos los que venimos mencionando y fallecida en la misma ciudad en 1991, a punto de cumplir 82 años.

María la Talegona no fue profesional hasta edad muy avanzada. Se limitó a cantar en reuniones y fiestas familiares sin entrar nunca en los circuitos

comerciales aunque el cante le venía de familia porque varios miembros de ella cantaban y bailaban. El más conocido, sin duda, su sobrino Talegón de Córdoba, buen *cantaor p´atrás*. La Talegona tenía escasísima formación social y cultural – era analfabeta – y trabajaba como limpiadora en el Cine Iris de su ciudad natal. Claro que tampoco era tan raro serlo entonces. Si repasáramos la nómina de artistas flamencos analfabetos hasta ayer mismo, el que más y el que menos se iba a quedar con la boca abierta. Nombres famosísimos, de dimensión internacional incluso que, sin embargo no sabían leer ni escribir. Por pudor los omito pero hay muchos casos que resultan verdaderamente sorprendentes.

Ella trabajaba humildemente limpiando el cine y echando sus cantecitos entre amigos y familiares. Hasta que un día, cuando tenía ya casi 60 años, vinieron a buscarla y la contrataron para trabajar en el teatro. Así como suena. Entró en el ballet de Susana y José para hacer el papel de la Celestina, en una coreografía de ese mismo nombre. Más que para actuar como actriz, para cantar. Posteriormente volvió a las tablas para interpretar el papel de La Pregonera en "Carmen la de Ronda." Durante seis años recorrió varios países de Europa, ella que no había salido nunca de las reuniones familiares. Aunque también es cierto que, poco antes, en 1965, había conseguido el Premio Cayetano Muriel en el Concurso Nacional de Arte Flamenco de Córdoba, cantando por granaínas. Era éste uno de los estilos que mejor dominaba, interpretándolo con una musicalidad especial. Sin embargo, donde sobresalía sin

discusión alguna era cantando saetas. Tanto es así que la llamaban la Reina de la saeta cordobesa.

Cantaora de variados registros, sorprendía porque, lo mismo cantaba con gran delicadeza los cantes más dulces que imprimía profundidad y desgarro a otros. Sirva como muestra lo que acabamos de decir: granaínas y saetas.

Pudo ser una figura porque cantaora grande lo era pero careció de todo ese entorno mediático y propagandístico que el artista necesita para dar el gran salto. Y se quedó poco menos que en cantaora para los amigos.

Y cierra el cuarteto **Dolores Jiménez Alcántara, *La Niña de la Puebla.*** Nació en La Puebla de Cazalla, tierra de buenos cantaores: Joselero, Miguel Vargas, Menese, Diego Clavel, Gerena... Ciega, era hija de Francisco Jiménez Montesinos, un barbero buen *aficionao* al que llamaban Casamía. Francisco Moreno Galván lo dejó dicho en un espléndido martinete:

En la Plaza Nueva, en La Puebla
nació la hija de Casamía,
la luz que faltó en sus ojos
iluminó Andalucía.

Sobre su ceguera, hay versiones diversas. Unos dicen que se produjo a los tres días de nacer y otros alargan considerablemente la edad: "siendo niña, de pocos años..." Lo único cierto es que fue ciega desde la infancia. ¿Motivos? Suele afirmarse que se debió al uso de un medicamento – un colirio, dicen – en mal estado. Puede ser. Desde luego, lo que no es posible – como también se ha dicho – es que ella recordara nada si el hecho ocurrió cuando tenía tres días. En un periódico de Sevilla, el 9 de mayo de 2008, se decía: "A los tres días de ver la luz, una infección en los ojos que no se curaba con nada, preocupa a sus padres y la llevaron a un oculista de Sevilla, comenzando ese día el drama de su vida. Le echó un colirio en mal estado y se quedó ciega. *Me hirvieron los ojos*, dijo una vez la artista." Lo siento pero eso es pura fantasía. De la cantaora, si es que llegó a decirlo, o del entrevistador. Nadie puede acordarse de lo que le haya pasado a los tres días de nacer.

Dolores tuvo una fortaleza de ánimo encomiable. A medida que fueron pasando los años, supo sobreponerse a la ceguera y se creó un mundo propio de una extraordinaria sensibilidad. En la última entrevista que le hicieron – y esto sí es totalmente cierto – hizo un manifiesto que definía con claridad su postura en la vida: *Tirar p´alante, vivir y luchar*. Esto es lo que siempre hizo.

De los héroes suele decirse que mueren con las botas puestas. De ella cabría decir que murió con el cante puesto, con el cante en la boca. La noche del 12 de junio de 1999, se desplomó en el tablao de la Peña Flamenca de Huelva mientras cantaba por soleá; esta soleá:

El querer que puse en ti
era poco y se acabó,
era un castillo muy chico
y el viento se lo llevó.

Diego del Gastor, cantando en una fiesta, junto a su cuñado Joselero de Morón, y algunos amigos aficionados.
FOTO DE ARCHIVO

Los cantaores modifican con frecuencia las letras que cantan introduciendo apoyaturas o diminutivos que distorsionan la estructura métrica del verso. A ellos la métrica les trae sin cuidado. Lo que les importa – lo que necesitan, incluso – es manifestarse con un máximo de expresividad y de emotividad. Y esto es lo que hacía Dolores en esta soleá: en el segundo verso, decía *poquito*, con lo que le imprime a ese querer perdido un matiz más profundo de ternura y sentimiento. El sentimiento y la ternura que laten siempre en el cante de la Niña de la Puebla.

Tras desplomarse, la cantaora fue atendida de inmediato por el Dr. Fernández Jurado, socio de la Peña y allí presente. Diagnosticó derrame cerebral. Fue ingresada en el Hospital Juan Ramón Jiménez de Huelva y trasladada luego al Carlos Haya de Málaga, ciudad donde vivía. Falleció a los dos días. Era el 14 de junio de 1999.

Alcanzó una fama extraordinaria cantando sus célebres "Campanilleros". Y si a Antonio el Sevillano lo encasillaron como fandanguero, a la Niña de la Puebla la identificaron algunos solamente como la cantaora de "Los Campanilleros." Y ahí ponían el punto final. Pero sería un error, sin embargo, creer que sabía cantar solamente eso. Ella solía decir: *Me identifico con todos los cantes quejados.* Y así era en realidad: conocía una gama variadísima de cantes que transmitía con enorme dulzura y musicalidad. Quizás para contradecir a los que la presentaban como cantaora exclusiva de campanilleros, se murió cantando por soleá.

Pocas veces en la historia del flamenco han nacido tantos artistas de relieve en el plazo de tres años consecutivos. Sin embargo, esto sucedió entre 1908 y 1910. Parece como si al fulgor resplandeciente de Caracol y Mairena, le precediera ya, como un presagio, el destello luminoso de los cuatro artistas de categoría que nacen en el año 1908. Son tres voces y una guitarra; tres voces muy diferentes pero todas importantes: las de Angelillo, Agujeta el Viejo y Juan Varea. Y sobre todo, una guitarra: la de Diego del Gastor.

Yo no digo nunca que éste o aquél es el mejor del mundo. Ni en flamenco ni en ninguna faceta de la vida pero sí me atrevería a decir que quizás nadie ha tocado la guitarra con el rajo, el empaque y la sonoridad con que lo hizo Diego. Refugiado en su humildad, desde la simpleza de las tabernillas de Morón, el eco de su sonanta se extendió por el mundo entero alcanzando – sin moverse de Morón, insisto – dimensión universal. ¡Lástima que la conmemoración de su centenario el año pasado se limitara en cambio a un modesto congreso en Morón!

Y parece también como si el destello cegador de Caracol y Mairena, dejara tras ellos una estela igualmente luminosa. Seis estrellas nacen en 1910: en el toque, Manolo el Sevillano; en el baile, Paco Laberinto y en el cante, el Borrico, Joselero, Corruco de Algeciras y Rafael Romero. Sólo en tres años, catorce nombres de relieve girando en torno a los dos de tronío que lo acaparan todo en este 2009. ¡Vaya constelación!